

Comprensión bíblica de la vida

Dale A. Bisnauth

En la Biblia, “la vida” se entiende de varias maneras. Por ejemplo, la vida se atribuye al reino animal, a la existencia animada, como distinta de la materia inerte. “Dijo Dios: ‘Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos.’” (Gn 1:20). La vida animada es creada por Dios. No es diferente para los seres humanos, aunque Adán y Eva tienen el privilegio de ser creados a imagen y semejanza del creador (Gn 1:26). “Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.” (Gn 2:7).

La vida humana se puede definir como “existencia consciente con el poder que de ello se deriva”. “¿Por qué deja Dios ver la luz al que sufre? ¿Por qué le da vida al que está lleno de amarguras?” (Job 3:20). Imagino que “luz”, se refiere a la conciencia humana. La yuxtaposición de “la luz” y “la vida” en el mismo versículo nos recuerda a Jn 1:4, “en él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad”.

La miseria y la amargura de la cual el enfermo Job se queja, tanto a Dios como a sus amigos, surge de estar conscientes que la vida humana está limitada en su duración. Los árboles pueden vivir más tiempo, pero no los seres humanos. “Un mortal, nacido de una mujer, corto de días y [como en el caso de Job] lleno de sinsabores.” (Job 14:1). Job pregunta retóricamente, “si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?” (14:14), pero él sabe que la respuesta es “no”. De hecho, para los seres humanos, así como para la existencia animada en general, la vida es “una posesión de la cual uno es privado por muerte”. De acuerdo con el salmista, esa privación viene después de “setenta años” –la expectativa de vida– “o quizás ochenta, si somos fuertes”, depende del “favor del Señor” (Sal 90:17).

La calidad de la vida humana –rectitud, humildad, capacidad para la misericordia, amor, paz y otros similares– depende de la obediencia a Dios. Dios espera estas virtudes del pueblo de su alianza. “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia y humillarte ante tu Dios.” (Miqueas 6:8). O también “Buscad lo bueno, y no lo malo, para que viváis; porque así Jehová Dios de los ejércitos estará con vosotros, como decís.” (Amós 5:14). ¡Elige la vida! Y otra vez, “que corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo.” (Amós 5:24).

Incluso dentro de los límites de la temporalidad, se mantiene una calidad en la vida de la comunidad que vive rectamente en una relación de alianza con Dios. Sin embargo, la solidaridad comunitaria no se debe empujar demasiado lejos. La idea que “los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos

tienen la dentera”, no se dirá más según Jeremías; “sino que cada cual morirá por su propia maldad.” (Jer 31:29s).

Pero la vida en el Antiguo Testamento está aún limitada por el tiempo. Más adelante, Jesús argumentaría en defensa de una vida más allá del tiempo (Mr 12:26). En el episodio de la zarza ardiente, Dios anuncia: “Yo soy Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob”, y Dios es un Dios de los vivos (y no de los muertos). Esto fue registrado en la Escritura aceptada por los saduceos, que no creían en la resurrección.

En el Nuevo Testamento, la vida sigue siendo temporal. Es una bendición servir a Dios sin temor “en santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días.” (Lc 1:75). Los seres humanos siguen siendo mortales, y sus vidas pueden ser amenazadas o terminadas. La vida del niño Jesús es amenazada por Herodes (Mt 2:13ss). La vida de Pablo es amenazada (Hechos 22:22ss). Juan el Bautista (Mr 6:27), Esteban (Hechos 7:54ss) y Santiago el hermano de Juan (Hechos 12:2), todos ellos los matan. Jesús habla a menudo de su propia muerte (por ejemplo: Mr 8:31ss).

Pero otras nociones importantes sobre la vida se articulan. La vida no se mide por la abundancia de las posesiones de una persona (Lc 12:15). La vida es más que la carne y la ropa (Lc 12:23).

Tener vida se compara con entrar en el reino de Dios (Mr 9:45, 47). Es mejor entrar en ese reino con un ojo, que entrar en el lugar de los muertos con dos ojos. El antídoto a una “vida” regida por la ansiedad es concentrarse en el reino de Dios y en la justicia de Dios (Mt 6:33). Por tanto la vida relacionada con el Reino de Dios tiene un gran valor y encontrarla es como hallar un tesoro escondido o descubrir una perla preciosa de gran valor (Mt 13:44ss).

Un hombre descrito en los Evangelios sinópticos como joven, rico y dirigente le pregunta a Jesús, “¿qué debo hacer para heredar la vida eterna? Jesús le responde: “Guarda los mandamientos... vende todo que tienes y dalo a los pobres... ven, sígueme.” (Mr 10:17 y 21).

La plenitud de la vida puede exigir la privación (el vaciarse) de las cosas por las cuales uno mismo define su vida como buena (v.19ss). En los versos siguientes, la vida eterna se identifica con la salvación (v.26), y el Reino de Dios (v.23). Los versículos del 26 en adelante contienen el germen de la doctrina de Pablo en lo referente a la ley con relación a la vida eterna.

La vida eterna es dádiva de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor (Ro 6:23); no es algo merecido por los seres humanos por obediencia a la ley, que es, en cualquier caso, una imposibilidad. Pablo cita a Habacuc, “El justo por la fe vivirá.” (Ro 1:17; Hab 2:4).

La vida eterna es “vida escondida con Cristo en Dios” (Col 3:3); pero ocuparse del espíritu es vida (Ro 8:6). Pablo les escribe a los corintios que “llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre

estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.” (2 Co 4:10ss). A los Gálatas dijo: “Ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.” (Gá 2:20).

La vida eterna es vida vivida en una relación de fe con Jesucristo. Es la vida del Dios eterno en mí, y la muerte no puede destruirla. Pablo se regocijó: “La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Más gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.” (1 Co 15:54-57). La última manifestación de esa victoria es la resurrección de los muertos, anunciada y garantizada en la resurrección de Cristo (1 Co 15). Hay vida –una vida plena y sin los límites de la carne mortal, pero revestida en un nuevo cuerpo– en una dimensión más allá de la muerte.

Pero la vida eterna no tiene que aguardar el tiempo final (*eschaton*). En el Evangelio de Juan, Jesús declara que “el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más ha pasado de muerte a vida.” (Jn 5:24). Tengamos la certeza, hay una dimensión futura a este acontecimiento escatológico de la resurrección, “porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz” (la voz del Hijo del Hombre) y saldrán.” (Jn 5:28s). Pero la hora “está aquí ya” (v.25) en Jesucristo. El suceso escatológico tiene realización en la presencia de Cristo.

El Evangelio de Juan está relacionado al menos con tres estructuras de pensamiento –la primitiva tradición cristiana sobre Jesús, tanto histórica como teológica; el judaísmo; el pensamiento helenístico. Este triple trasfondo se refleja en el prólogo a su Evangelio. Fue la Palabra que llamó a la vida a ser en el principio (Gn 1:1ss). “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios. En él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad.” (Jn 1:1-4). Juan está respondiendo a dos problemas que hostigaron a la iglesia cuando él escribió. El primero es el problema escatológico. El tiempo previsto había pasado, pero Jesús todavía no se había manifestado “al mundo” (Jn 14:22). El segundo es el problema gnóstico. La respuesta de Juan a ambos problemas es que la persona histórica de Jesús en su vida, muerte y resurrección, constituía ya un acontecimiento escatológico, perpetuado en el trabajo del Espíritu Santo. Jesús es el camino al conocimiento (*gnosis*) verdadero y salvador de Dios, que es “vida eterna” (Jn 17:3).

El Evangelio de Juan trata la vida eterna de forma comprensiva, en una serie de pequeños fragmentos que narran encuentros humanos (por ejemplo, con Nicodemo) y “señales” o milagros, seguidos por la argumentación y el debate.

Cuando Lázaro muere, Jesús dice a María y a Martha (y de hecho a sus discípulos quienes temieron una amenaza por la vida de Jesús y por sus propias vidas cuando regresaran a Judea): “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá

eternamente.” (Jn 11:25-26). María lo entiende en términos de ortodoxia farisaica “resurrección en el día postrero” (v.24). Sin embargo, la fuerza de la frase “Yo soy” significa que en Jesucristo “el día postrero” ya está aquí. ¡El *eschaton* ha invadido el presente!

La vida eterna, la vida de aquellos nacidos “desde arriba” por agua y espíritu, es una posibilidad real y presente para aquellos que creen en Jesús (Jn 3:7 y 16). La fe es una categoría de alianza y relación que tiene connotaciones de compromiso, confianza, fraternidad y aceptación cándida de Jesucristo como el Hijo de Dios, la Palabra creadora (*logos*) y la manifestación de la vida verdadera que el Creador ofreció a las criaturas humanas de Dios en primer lugar y ahora se abre a su dimensión eterna y destino. La resurrección de Lázaro después de cuatro días en la tumba (Jn 11:39) anticipa el poder de la resurrección que Jesús asume de forma triunfante.

En cuanto a la calidad de la vida eterna, los textos abundan. La vida que Jesús ofrece es como el buen vino en el banquete de bodas, alegrando el corazón y galvanizando los miembros para poder bailar (Jn 2:1-11). “Él agua que yo daré brotará como un manantial de vida eterna” (Jn 4:14), cualitativamente diferente del pozo de Jacob. Él es el pan del cielo. “El que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.” (Jn 6:35). Los que se alimentan en él tienen vida eterna (Jn 6:51 y 54). Claramente, comer este pan y beber de esta fuente es nutrir la propia vida y acción, en la vida y de la obra de Jesús.

Existen insinuaciones eucarísticas, comunales y de alianza aquí, de la misma forma en que aparecen connotaciones bautismales en el episodio de lavar los pies. Lo que purifica a los discípulos (Jn 13:10), sin embargo, no es el agua o lavarse los pies en sí mismo, sino la implicación y participación en el ministerio redentor de Jesús. La naturaleza de servicio de este ministerio se observa con mayor claridad en la “auto entrega” en la cruz que señala el lavado de pies.

Jesús les dice a sus discípulos en la parábola de la vid verdadera: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.” (Jn 15:3). Ésta no es ninguna palabra particular, sino la reconstrucción entera, la vida redentora y el trabajo de la palabra divina.

Les queda a ellos permanecer en él (Jn 15:4), en una intimidad mutua análoga a la existente entre el Padre y el Hijo. Habitar en él, en una proximidad como la de las ramas a una vid, es guardar sus mandamientos. De esta manera, habitan en su amor, “así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.” (Jn 15:10). Para habitar en él es necesario dar los frutos de paz, amor y alegría.

La parábola de El Buen Pastor también remite a su palabra y responder a ella.

“Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, nadie las arrebatará de mi mano.” (Jn 10:27s). La

vida eterna es una forma de vida –la manera de Jesús– la cual seguimos, respondiendo a su voz.

¿Qué es la vida eterna, esta vida que según Jesús, los seres humanos pueden tener y tener en plenitud? Juan provee la respuesta en la oración de Jesús por todos los creyentes: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado.” (Jn 17:3).

Preguntas

1. ¿Cuál es su comprensión de la vida? ¿Cuál es su comprensión de la plenitud de vida?
2. En el Evangelio de Juan, la vida eterna se compara a varias cosas. ¿Qué aprendemos de esas imágenes?
3. ¿Qué entiende usted por la declaración que “la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23)?
4. ¿No es una contradicción decir que la vida en plenitud puede exigir vaciarse de las cosas que definen la vida de uno como buena?
5. ¿Qué significa decir que en Jesucristo el “día postrero” ya está presente?
6. Reflexionando sobre su experiencia personal, ¿por qué la vida vivida en una relación de fe con Jesucristo es caracterizada como “vida eterna”?